



**INSTRUMENTO DE TRABAJO
PARA LA PREPARACIÓN DEL CONGRESO
NACIONAL DE LAICOS**

*“Un laicado en acción. Vivir el sueño misionero
de llegar a todas las personas”*

I. INTRODUCCIÓN (1-3)

- 1. ESTAMOS VIVIENDO UNA EXPERIENCIA DEL ESPÍRITU (4-5)**
- 2. UN PROCESO SINODAL, ESPIRITUAL Y DE DISCERNIMIENTO (6)**
- 3. LA ESTRUCTURA DEL INSTRUMENTO DE TRABAJO (7-8)**
- 4. LA ESCUCHA Y EL DIÁLOGO (9-10)**

II. RECONOCER (11)

1. RECONOCEMOS LUCES

- 1.1. Constatamos una mayor conciencia de la identidad laical (12-16)
- 1.2. Nos alegra el impulso misionero que vive la Iglesia (17-21)

2. RECONOCEMOS SOMBRAS (22)

- 2.1. Unas comunidades cristianas debilitadas (23-27)
- 2.2. La compleja presencia en el mundo (28-32)

3. RECONOCEMOS SIGNOS DE ESPERANZA Y RETOS (33)

- 3.1. Hay signos de esperanza que nos estimulan (34-37)
- 3.2. Las dificultades se convierten en retos (38-43)

III. INTERPRETAR (44)

1. LA VOCACIÓN LAICAL DESDE EL DON (45)

- 1.1. Tu vida es para los demás (46-51)
- 1.2. Algunas dificultades para vivir la vocación laical (52-56)

2. POTENCIAR UNA ECLESIOLOGÍA MISIONERA (57)

- 2.1. Un impulso misionero desde la sinodalidad (58-63)
- 2.2. Retos para concretar la sinodalidad misionera (64-67)

IV. ELEGIR (68)

1. ENCONTRAR CAUCES DE CRECIMIENTO PERSONAL Y COMUNITARIO (69-73)

2. CUIDAR DE MANERA ESPECIAL ALGUNOS PROCESOS (74)

- 2.1. Impulsar la corresponsabilidad en el seno de la Iglesia (75-79)
- 2.2. Asumir un mayor compromiso en el mundo (80-85)
- 2.3. Ofrecer una renovada formación (86-88)

CONCLUSIÓN (89)

I. INTRODUCCIÓN

(1) Tienes en tus manos el ***Instrumento de trabajo (IL)*** preparatorio del Congreso Nacional de Laicos promovido por la Conferencia Episcopal Española. Este es un Congreso de todo el pueblo de Dios, misionero y santo, pero, de una manera particular, es un Congreso protagonizado por los fieles laicos.

(2) El IL que presentamos es el ***fruto del trabajo realizado en las Diócesis, Congregaciones, Movimientos y Asociaciones***, entre los meses de marzo y noviembre de 2019. Recoge las aportaciones de 2.485 grupos, integrados por más de 37.000 personas, de toda la geografía española. Los grupos han reflexionado conjuntamente y han podido compartir ideas y propuestas en torno a la vocación y misión de los fieles laicos en el contexto de nuestra sociedad y nuestra Iglesia. El horizonte del Congreso queda dibujado en este objetivo: *“Impulsar la conversión pastoral y misionera del laicado en el Pueblo de Dios, como signo e instrumento del anuncio del Evangelio de la esperanza y de la alegría, para acompañar a los hombres y mujeres en sus anhelos y necesidades, en su camino hacia una vida más plena”*.

(3) En este Instrumento de Trabajo queremos exponer, de forma breve, un resumen fiel del análisis realizado en los diferentes grupos que han trabajado el documento-cuestionario preparatorio del Congreso. Puede que algunos temas interesantes apuntados en las aportaciones no reciban en este documento la atención que han merecido en el grupo, pero el mismo Congreso ayudará a enriquecer la reflexión con nuevos argumentos. Hemos optado por realizar un esfuerzo de síntesis y, por eso, trataremos de ***ofrecer una serie de ideas-fuerza*** que reflejan el sentido y alcance de las propuestas. Estas ideas-fuerza no solo pueden ayudarnos en la preparación del Congreso, sino que también ofrecen importantes elementos de reflexión para nuestras realidades eclesiales.

Precisamente por ello, consideramos que debe trabajarse a un doble nivel. En primer lugar, lo hemos concebido como un documento dirigido a las personas que van a participar en el Congreso del 14 al 16 de febrero de 2020. Todos ellos han de saberse “enviados” por sus Diócesis, Congregaciones, Asociaciones o Movimientos, con la misión especial de ser cauce entre ellas y este importante acontecimiento de la Iglesia española en dos direcciones: llevando a los momentos de reflexión que tendremos durante el Congreso las sensibilidades, preocupaciones y esperanzas de sus comunidades de procedencia y trasladando a éstas lo vivido en el mismo. En segundo lugar, consideramos igualmente conveniente que los grupos que han trabajado el documento-cuestionario, del que han surgido las propuestas que contemplamos ahora, reflexionen sobre el mismo para discernir cómo pueden incorporar en sus propias comunidades las propuestas y procesos que aquí se plantean.

A tal fin, proponemos un sencillo método de trabajo: leer pausadamente este *Instrumentum Laboris* y responder con propuestas muy concretas a tres preguntas

específicas: ¿Qué actitudes convertir? ¿Qué procesos activar? ¿Qué proyectos proponer?

1. ESTAMOS VIVIENDO UNA EXPERIENCIA DEL ESPÍRITU

(4) Desde el momento de la convocatoria hemos entendido el Congreso Nacional de Laicos como ***un proceso secuenciado en etapas***. Ya hemos acabado la primera de ellas (Pre-Congreso), ahora nos disponemos a iniciar la segunda (Congreso), y quedará una nueva etapa caracterizada por los dinamismos y tareas que queremos implementar (Post-Congreso). Estas tres etapas constituyen por sí mismas un proceso de discernimiento que parte del contexto personal y colectivo que estamos viviendo y lo pone a la luz de la Palabra de Dios y del Magisterio de la Iglesia para buscar la articulación de propuestas concretas que nos lleven a transformar nuestro interior y la realidad que nos rodea.

Efectivamente, podemos ver la etapa precongresual como un RECONOCER en el que hemos observado luces y sombras que asumimos como motivos de esperanza y como retos que hemos de afrontar; la etapa congresual como un INTERPRETAR basado en un ejercicio de discernimiento personal y comunitario; y la etapa post-congresual como un ELEGIR como Iglesia para tratar de potenciar la vocación y misión de los fieles laicos. Por esta razón, es importante que concibamos la lectura de este Instrumento de Trabajo y las reflexiones realizadas sobre la base del mismo como un momento fundamental del proceso preparatorio de ese discernimiento que llevaremos a cabo en el Congreso.

(5) Hemos podido constatar que ***estamos viviendo una experiencia del Espíritu***. El pueblo santo de Dios se llena de esperanza porque sabe que el Espíritu prepara los corazones, ilumina la conciencia, orienta las decisiones y acompaña en los caminos de la vida y de la historia. Por eso podemos decir con rigor que el Congreso Nacional de Laicos está siendo un momento de gracia e intuimos que será un acontecimiento desbordante, de cuyo significado y alcance aún no somos plenamente conscientes.

2. UN PROCESO SINODAL, ESPIRITUAL Y DE DISCERNIMIENTO

(6) En un proceso tan importante es la meta como el camino. El camino debe dejar ver los rasgos más relevantes de la meta a la que aspiramos. Y en la meta que soñamos encontramos una Iglesia caracterizada por la sinodalidad, la espiritualidad y el discernimiento. Por eso, puede afirmarse que este ha querido ser un proceso sinodal, espiritual y de discernimiento.

Un proceso sinodal. La sinodalidad es un elemento constitutivo en la Iglesia porque forma parte de su misma naturaleza. “El camino de la *sinodalidad* es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio” (*La sinodalidad en la vida y*

en la misión de la Iglesia, Comisión Teológica Internacional–CTI–, 1). La palabra sinodalidad significa caminar juntos, propone fortalecer las relaciones, exige contar con comunidades misioneras abiertas al territorio, invita a la conversión y lleva a la misión: “La enseñanza de la Escritura y de la Tradición atestigua que la sinodalidad es dimensión constitutiva de la Iglesia, que a través de ella se manifiesta y configura como Pueblo de Dios en camino y asamblea convocada por el Señor resucitado” (CTI, 42).

Un proceso espiritual. El Espíritu Santo nos precede en el corazón de las personas y en los acontecimientos de la historia. Y además somos conscientes de que el Señor en su Palabra alimenta y orienta nuestras decisiones. Al calificar de espiritual este proceso estamos invitando a proponer una experiencia de esperanza y de consolación, donde tenga su lugar la escucha, la apertura de mente y de corazón. Solo de esta manera podremos vivir una experiencia del Espíritu, un nuevo Pentecostés, caminando todos juntos como bautizados.

Un proceso de discernimiento. El discernimiento “nos lleva a reconocer los medios concretos que el Señor predispone en su misterioso plan de amor, para que no nos quedemos solo en las buenas intenciones” (*Gaudete et exsultate* –GE–, 169). Por eso, “[e]s preciso esclarecer aquello que pueda ser un fruto del Reino y también aquello que atenta contra el proyecto de Dios. Esto implica no sólo reconocer e interpretar las mociones del buen espíritu y del malo, sino —y aquí radica lo decisivo— elegir las del buen espíritu y rechazar las del malo” (*Evangelii Gaudium* –EG–, 51). El discernimiento no supone solamente una buena capacidad de razonar o un sentido común, es también un don que hay que pedir (GE, 166). Además necesitamos de un estilo caracterizado por la escucha fraterna y el diálogo.

3. LA ESTRUCTURA DEL INSTRUMENTO DE TRABAJO

(7) La estructura del IL sigue el mismo esquema que el cuestionario que hemos utilizado en la preparación del Congreso Nacional de Laicos. Hay que recordar que dicho cuestionario tuvo como **fuentes** el Plan Pastoral de la Conferencia Episcopal Española para los años 2016-2020, y el Magisterio del Papa Francisco, especialmente la Exhortación Postsinodal *Evangelii Gaudium*. No en vano, en ella se nos invita a la renovación: “Cada Iglesia particular, porción de la Iglesia católica bajo la guía de su obispo, también está llamada a la conversión misionera... En orden a que este impulso misionero sea cada vez más intenso, generoso y fecundo, exhorto también a cada Iglesia particular a entrar en un proceso decidido de discernimiento, purificación y reforma” (EG, 30).

(8) Hemos ordenado este Instrumento de Trabajo en tres grandes bloques: **reconocer, interpretar y elegir**. Como hemos dicho antes, esta es una estructura típica del discernimiento de espíritus. “El discernimiento es el método y a la vez el objetivo que nos proponemos: se funda en la convicción de que Dios está actuando

en la historia del mundo, en los acontecimientos de la vida, en las personas que encuentro y que me hablan” (*Discurso del Papa Francisco al inicio del Sínodo dedicado a los Jóvenes*, 3 de octubre de 2018).

La convicción de la acción de Dios, en su Espíritu, hace que todo el proceso esté impregnado de su presencia. En este sentido, también el momento de escuchar y reconocer está impregnado de la acción de Dios, por lo que este primer momento no se reduce a un análisis de tipo sociológico, porque los datos que se obtienen de la realidad no son material neutro sino que hablan de la acción del Espíritu. ***Estamos inmersos siempre en la acción del Espíritu.*** Vivimos en un mundo que ha sido redimido, en el que el Espíritu ha sido dado a todos los bautizados.

Reconocer. Ordenamos los temas de la primera parte de este IL alrededor de la palabra reconocer. En esta parte recogemos las respuestas a tres preguntas del cuestionario donde se buscaba hacer una fotografía de la vocación y misión del laicado en la sociedad y en la Iglesia de nuestro país. Hemos destacado algunos núcleos temáticos fundamentales, intentando recoger luces, sombras y signos de esperanza.

Interpretar. En la segunda parte ordenamos los temas alrededor de la palabra interpretar. En ella se invita a comprender las razones de lo que hemos reconocido y a proponer los criterios inspiradores para llegar a las elecciones oportunas. Evidentemente, tenemos una ayuda preciosa en la Sagrada Escritura, en el reciente Magisterio de la Iglesia y en el camino que estamos haciendo como pueblo Dios, misionero y santo, en nuestro contexto.

Elegir. La tercera parte propone caminos para seguir avanzando. Entre estos caminos destacaremos aquellos que consideramos más determinantes para los próximos años que se han reiterado en las aportaciones de los grupos. Nos gustaría que las líneas-guía que se derivan de las propuestas planteadas en respuesta al documento-cuestionario sirvan como estímulo para la reflexión, el debate y la renovación, con el objetivo de lograr una revitalización misionera del laicado y de nuestras Iglesias, desde la óptica de la fidelidad vocacional. Nos preguntamos por ello: ¿Qué actitudes convertir? ¿Qué procesos activar? ¿Qué proyectos proponer?

4. LA ESCUCHA Y EL DIÁLOGO

(9) El trabajo de los grupos que hemos organizado para la celebración del Congreso Nacional de Laicos se ha caracterizado por la escucha y el diálogo. Nos gustaría que este Congreso fuera un espacio de escucha y de diálogo. En los últimos sínodos, sobre los jóvenes y sobre la Amazonía, el Santo Padre proponía a los participantes ***“escuchar con humildad y hablar con valentía”***. Todos podemos abrir espacios de escucha y todos nos debemos poner en actitud de escucha al Espíritu que nos habla.

(10) Escuchar con humildad y hablar con valentía no siempre es fácil. Después del Sínodo sobre los jóvenes escribía el Papa Francisco en la Exhortación Postsinodal *Christus Vivit*: “El Sínodo reconoció que los fieles de la Iglesia no siempre tienen la actitud de Jesús. En lugar de disponernos a escucharlos a fondo, a veces predomina la tendencia a dar respuestas preconfeccionadas y recetas preparadas, sin dejar que las preguntas de los jóvenes se planteen con su novedad y sin aceptar su provocación” (ChV, 65). El Santo Padre propone **escuchar y hablar con la actitud de Jesús**. Por eso podemos decir que la escucha y el diálogo tienen valor teológico. “En efecto, Dios ve la miseria de su pueblo y escucha su lamento, se deja conmover en lo más íntimo y baja a liberarlo. La Iglesia, pues, mediante la escucha, entra en el movimiento de Dios que, en el Hijo, sale al encuentro de cada uno de los hombres” (*Documento Final del Sínodo sobre los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional* – DF–, 6).

II. RECONOCER

(11) Nos acercamos a la realidad cotidiana y a las personas con las que caminamos en la historia con **humildad, simpatía, coraje y lucidez**. Esta fue la manera con la que Jesús se acercó a sus discípulos que iban camino de Emaús. La misión eclesial de todos los tiempos queda dibujada en este texto del Evangelio (Cf. Lc 24,13-35). Emaús habla sobre todo del estilo misionero característico de la Iglesia.

El relato de Emaús recuerda que Jesús se acercó a quienes se alejaban de Jerusalén con una actitud de **escucha empática**. Es una metáfora para la pastoral de nuestro tiempo, donde parece que algunas personas se están alejando de la manera cristiana de entender la vida. “Para estar en su compañía, él va por el camino con ellos. Los interroga y escucha pacientemente su versión de los hechos para ayudarlos a reconocer cuánto están viviendo” (DF, 4). Entre nuestros contemporáneos queremos ponernos en disposición de escucha paciente.

El primer paso para el método de discernimiento que proponemos nos lleva a reconocer. En este punto haremos una sencilla valoración del **camino recorrido en nuestras diócesis respecto al laicado en los últimos años**. En él vemos luces, sombras y signos de esperanza.

1. RECONOCEMOS LUCES

1.1. Constatamos una mayor conciencia de la identidad laical

(12) En las respuestas al cuestionario que ha servido de base para la preparación del Congreso se dice que hay **una mayor conciencia de nuestra identidad laical**, y, en concreto, de la vocación y misión a la que estamos llamados los fieles laicos. Entendemos que a ello está contribuyendo decididamente la aceptación de la llamada que el Papa Francisco está dirigiendo a todos los cristianos para que seamos auténtica Iglesia en Salida y el hecho de que estamos asumiendo que

formamos una minoría que vive en un contexto social de increencia e indiferencia, lo que nos exige salir de nosotros mismos y de nuestras comodidades para acudir como miembros de la Iglesia a quienes precisan de nosotros.

(13) Esta mayor conciencia de la identidad laical tiene una profunda raíz espiritual. Descubrimos en muchos fieles laicos el deseo de un **encuentro con Cristo** más sincero y auténtico, la búsqueda de una fe más sólida y fundada en la relación personal con Él. El encuentro con Cristo nos lleva a considerar en mayor medida la **importancia de la comunidad** como referencia y como espacio para la vivencia de la fe y la celebración de los Sacramentos. En este sentido, se valora muy positivamente tanto el apostolado asociado como modo eficaz de vivir plenamente la fe y de experimentar la comunión eclesial, como la riqueza de carismas que vemos en nuestra Iglesia.

(14) Esta mayor conciencia de la identidad laical pone en valor la centralidad de la **misión entre quienes más sufren**, transformando paulatinamente nuestras comunidades en espacios de acogida y de encuentro de muchas personas que se sienten descartadas. En este sentido hay que reconocer la labor encomiable que realizan instituciones eclesiales señeras en la atención a los más necesitados – significativamente, Caritas y Manos Unidas–. Estas instituciones eclesiales ofrecen una imagen más positiva de la Iglesia (que, como sabemos, muchas veces tiene dificultades para dejar ver su rostro más hermoso) y ayudan a aumentar la credibilidad de nuestra fe frente a quienes se muestran indiferentes ante ella.

(15) **Hemos crecido en corresponsabilidad** entre sacerdotes y laicos a la hora de abrazar nuestra tarea evangelizadora conjuntamente y desde nuestros roles complementarios, y vemos con esperanza la creciente asunción por los laicos de ministerios en la Iglesia. El reciente Sínodo sobre la Amazonía ha puesto a los ministerios laicales en el centro de la pastoral eclesial. Más en general, **hemos crecido en comunión**, en un triple sentido: comunión de vida (lo que somos); comunión de bienes (lo que tenemos); comunión de acción (lo que hacemos). **Y también en sinodalidad**. A ello están ayudando nuestros Planes de Pastoral, más elaborados y centrados en lo importante, y la renovación de nuestras estructuras eclesiales.

(16) Lejos de la autocomplacencia, observamos que **somos más inconformistas y poseemos un mayor espíritu crítico**, tanto con nosotros mismos y con las carencias en el cumplimiento de la misión a la que estamos llamados, como con los aspectos negativos que observamos en la realidad eclesial y en la realidad social. Valoramos muy positivamente que, como Iglesia, reconozcamos los pecados de algunos de sus miembros en lugar de ocultarlos y nos comprometamos a sanar las heridas por ellos provocados.

1.2. Nos alegra el impulso misionero que vive la Iglesia

(17) El cuestionario deja ver que estamos viviendo un momento eclesial caracterizado por un renovado **impulso misionero en nuestra Iglesia**. Hay una mayor conciencia de la importancia del laicado en la tarea evangelizadora. Tenemos un laicado más comprometido y más consciente de la necesidad imperiosa de asumir el protagonismo al que estamos llamados los fieles laicos. Ciertamente, estamos convencidos de que esta es, en verdad, “la hora de los laicos”.

(18) Cada día somos más conscientes de estar llamados a ser **minorías creativas**, que sepan aprovechar las nuevas oportunidades y los nuevos espacios para anunciar a Jesucristo y el kerigma. Minorías en cuya actitud predominan las notas de la ilusión, la esperanza y la voluntad de ser fieles a Jesucristo y a su Iglesia, de la que nos sentimos miembros activos y protagonistas a la hora de abordar los retos que nos plantea la vivencia de la fe en el contexto social actual.

(19) Hemos aceptado **la autonomía de lo temporal y la idea de que la fe se propone** y nunca se impone, comprendiendo que nuestra labor está en anunciar y acompañar, en ofrecer el Evangelio como referencia en un contexto de crisis moral y ética, en luchar contra las injusticias y en defensa de la dignidad humana para la construcción del Reino de Dios, pero respetando esa separación necesaria entre nuestra visión creyente del ser humano y del mundo y la marcha de la sociedad, y asumiendo la pluralidad de visiones de la realidad que tienen las personas de nuestro entorno.

(20) En este sentido, los nuevos tiempos traen nuevas preguntas, y somos conscientes que los cambios antropológicos y culturales que estamos viviendo se convierten para nosotros en retos.

Por mencionar algunos de los más patentes, **reconocer el papel de la mujer en la Iglesia** constituye una prioridad. En relación con esta última cuestión, se considera muy positivo el mayor protagonismo que están adquiriendo las mujeres en coherencia con su dignidad de bautizadas, si bien se observa que queda mucho camino por recorrer.

Somos asimismo conscientes de que hemos de ser capaces de responder como Iglesia, en palabras del Santo Padre, al clamor de los pobres y al clamor de la tierra. **Situarnos del lado de quienes sufren**, aquellos que están en las periferias existenciales, no es una opción. Tampoco lo es el **cuidado de nuestro Planeta como casa común y obra de Dios**, que exige de nosotros seguir profundizando en el significado de la creación.

No podemos olvidar igualmente la **importancia de la cultura digital** – principalmente, internet y redes sociales–, que vemos como un nuevo reto evangelizador.

(21) Finalmente, la **presencia activa de los jóvenes** en la Iglesia representa en sí misma un motivo de alegría, de ánimo y de esperanza. Sentimos que nuestras comunidades envejecen y que la visión de los jóvenes es necesaria e importante, y consideramos que hemos de crear en ellas espacios de participación y de compromiso desde los que puedan desarrollar su capacidad creadora.

2. RECONOCEMOS SOMBRAS

(22) En el punto anterior hemos descrito algunas luces sobre el camino que hemos recorrido como laicos en los últimos años. La fotografía no sería completa si no hablamos de las sombras que también encontramos. Algunas de ellas hacen referencia al interior de nuestras comunidades y otras se refieren a la presencia en el mundo.

2.1. Unas comunidades cristianas debilitadas

(23) El contexto secular y pluralista que vivimos muestra unas comunidades cristianas debilitadas. La debilidad se deja ver en muchos de los elementos esenciales de nuestra fe. Se constata **una pérdida de la centralidad de la Eucaristía en la vida cristiana** y una falta de vivencia adecuada de los sacramentos y, en particular, de la Liturgia, lo que obstaculiza el encuentro con Cristo. Nos cuesta comprender plenamente los lenguajes litúrgicos y ello nos conduce a la superficialidad en las expresiones celebrativas de nuestra fe.

(24) Esta debilidad de las comunidades cristianas se presenta también en dos preocupaciones internas presentes en el cuestionario que sirve de base a este *Instrumentum Laboris*. En las respuestas se habla de manera reiterada del **excesivo clericalismo y del escaso protagonismo de la mujer**. Aquí tenemos dos retos importantes para crecer como comunidades cristianas en este momento de la historia.

(25) Efectivamente, a pesar de que hemos avanzado en este sentido, seguimos encontrando **falta de comprensión de lo que significa la vocación laical**, que se sigue considerando una vocación de segunda. Esto conduce a una visión de la relación sacerdote-laico basada en la oposición y en la jerarquización que, además, tiene como efecto un alto grado de paternalismo que dificulta el crecimiento espiritual de los fieles laicos y afecta negativamente a nuestro papel en la Iglesia y en el mundo. Desde la perspectiva contraria, la falta de sacerdotes –y, más en concreto, de sacerdotes que promuevan la vocación laical– contribuye a plantearnos la necesidad de cuidar mejor las demás vocaciones. Al mismo tiempo, un análisis de la realidad que nos rodea nos permite ver que las mujeres seguimos ocupando mayoritariamente espacios secundarios en la Iglesia, en clara contradicción con nuestra condición de bautizadas.

(26) Con carácter más general y afectando tanto al interior de nuestras comunidades como a nuestro papel como Iglesia en el mundo, existe en nosotros y en las estructuras de las que formamos parte ***una evidente resistencia al cambio*** derivada de una doble circunstancia: de un lado, estamos adormecidos e instalados en la comodidad y en la rutina; de otro, sentimos un cierto miedo a los nuevos retos. También ***un cierto pesimismo*** provocado por el hecho de que tendemos a fijarnos más en lo malo que vemos en nosotros y en nuestro entorno que en todo lo bueno que Dios ha puesto en ambos. Quizás puede explicar esta realidad el ritmo frenético de nuestras vidas en el día a día, que dificulta la asunción de compromisos a largo plazo y nos impide ejercitar el discernimiento y pararnos a reflexionar y a rezar acerca de lo que Dios nos pide a cada uno de nosotros y a las comunidades de las que formamos parte en este concreto momento de la Historia.

(27) Por último, pero no por ello menos importante, descubrimos debilidad en lo que hace referencia a la formación. Experimentamos en este contexto la ***necesidad de una formación más plena, auténtica y propia de la vocación laical***, en la que la Doctrina Social de la Iglesia ocupe un lugar central junto con la profundización en la Palabra de Dios.

2.2. La compleja presencia en el mundo

(28) La secularización de la sociedad y el relativismo en el pensamiento dominante nos afectan como Iglesia, provocando confusión en relación con las verdades de nuestra fe y la vivencia práctica de la misma y una ***ruptura entre fe y vida***. También los graves escándalos de abusos (sexuales, económicos, de poder o de conciencia) influyen muy negativamente en este sentido. De este modo, nuestra identidad eclesial se diluye y pierde vigor. Estas graves crisis están generando mucha inquietud en el pueblo santo de Dios.

(29) También observamos un ***excesivo dogmatismo*** ante situaciones personales que, lejos de poner la atención en el sufrimiento que generan, nos conducen a la crítica y al rechazo y no favorecen el necesario diálogo Iglesia-mundo.

(30) A veces nuestras ***comunidades pueden ser muy cerradas y poco acogedoras***. Seguimos siendo muy autorreferenciales, en un doble sentido: tendemos a encerrarnos en ellas, dificultando la incorporación de nuevos hermanos, y a considerar que “lo nuestro” es lo mejor, despreciando otras sensibilidades y proyectos eclesiales. También observamos que no prestamos la debida atención a la incorporación plena de nuestros jóvenes a la vida de la comunidad. Se detecta asimismo una ***escasa coordinación*** entre Parroquias de un mismo territorio y una ***falta de integración*** de los Movimientos y Asociaciones en la realidad parroquial. En unas y otros se sigue dando un alto grado de personalismo como consecuencia de la búsqueda del protagonismo personal.

(31) ***Nos cuesta ver a la familia como célula evangelizadora*** con un papel fundamental en la transmisión de la fe. A nivel personal, en la inmensa mayoría del

laicado, la falta de formación en la fe y, en concreto, en Doctrina Social de la Iglesia nos crea inseguridad en el compromiso. **Faltan líderes cristianos de referencia** que nos motiven y sean modelo concreto en la práctica de la fe.

(32) Respecto de los retos a nivel externo, observamos que nos sigue costando llegar a los hombres y mujeres de hoy día por una **falta de comprensión de las implicaciones que tiene la dimensión socio-política de la fe**. Falta un mayor énfasis en el anuncio profético de las injusticias y percibimos al mismo tiempo una errónea visión de que la misión implica proselitismo, dejando de lado el acompañamiento a quienes sufren en sus situaciones personales.

3. RECONOCEMOS SIGNOS DE ESPERANZA Y RETOS

(33) Son muchos los signos de esperanza que nos estimulan y alegran. Pero también reconocemos dificultades que queremos ver como retos y llamadas del Espíritu para la misión.

3.1. Hay signos de esperanza que nos estimulan

(34) Un signo de esperanza es constatar **el compromiso vocacional y misionero de tantos laicos** dentro del pueblo santo de Dios. La celebración de este Congreso Nacional de Laicos da muestra de esta fortaleza. El proceso que hemos abierto ha generado ilusión y esperanza, y puede ayudarnos verdaderamente a impulsar un laicado en salida.

(35) Igualmente es motivo de esperanza comprobar **la conversión de personas alejadas**. Estas conversiones nos animan a vivir nuestra propia fe, a desear nuestra propia conversión, a perseverar en la tarea evangelizadora. La conversión se está convirtiendo en una clave pastoral de primer orden.

(36) **Muchos cristianos laicos estamos comprometidos en la construcción de un mundo mejor** en la vida cotidiana: en el seno de la familia, cumpliendo honestamente con nuestro trabajo, asumiendo compromisos con nuestros conciudadanos, colaborando en el servicio público, o fomentando un ocio sano. **Otros muchos estamos comprometidos igualmente en causas justas** tales como la promoción de la mujer, el cuidado del planeta, la lucha contra la pobreza, el fomento del trabajo digno, la acogida e integración de los inmigrantes o la atención a los mayores y, más en general, a las personas en situación de vulnerabilidad. No se trata de cuestiones ajenas a la fe que profesamos y a la misión que tenemos encomendada como miembros de la Iglesia. Cambiar el mundo pasa por integrar estas prioridades en nuestras opciones transformadoras.

(37) Nos da alegría comprobar la **buena valoración que tienen las entidades eclesiales de acción socio-caritativa**, lo que muestra que la fe posee una dimensión social que nos impone a todos un deber de servicio y atención a las necesidades de las personas que están a nuestro lado.

3.2. Las dificultades se convierten en retos

(38) La globalización nos confirma en la idea de que somos una única familia, con independencia de nuestra cultura, situación geográfica o religión, en tanto que todos somos hijos de un mismo Dios. Uno de los fenómenos que acompaña la globalización lo encontramos en **las migraciones, que son una llamada a abrir nuestras comunidades** y reforzar su capacidad de acogida.

(39) Las nuevas formas de religiosidad evidencian que el ser humano sigue necesitando de Dios y que muchas personas experimentan un proceso de búsqueda activa de la trascendencia, lo que nos debe conducir a seguir anunciando a Jesucristo a tiempo y a destiempo. Tendríamos que preguntarnos **qué estamos ofreciendo a las personas que están en búsqueda**.

(40) La Iglesia es percibida como una institución alejada con una doctrina demasiado teórica y desfasada y la fe se ve como algo alejado de la realidad cotidiana de los hombres y mujeres y, en todo caso, como una cuestión que afecta a la intimidad de cada persona. Ello nos empuja a **salir de nosotros mismos y de nuestras comunidades para dar testimonio**, confirmando que la fe es luz para la vida.

(41) En cuanto a los aspectos negativos, la indiferencia y el rechazo de Dios, del hecho de creer e, incluso, de las personas que profesamos la fe cristiana nos obliga a reflexionar acerca de **por qué nuestro mensaje no resulta atractivo** para quienes están a nuestro lado. La persecución religiosa que se vive en algunas partes del mundo ha de ser un aliciente para buscar nuestra coherencia entre fe y vida.

(42) El abandono de la fe de muchos bautizados pone en evidencia que nuestras acciones pastorales y la forma en la que administramos los sacramentos deben ser mejoradas para hacerlas más auténticas y favorecedoras del encuentro con Cristo. Una **pastoral de la cercanía y del cuidado de las relaciones** debería ser prioritaria. Muchas veces, la clave está en las relaciones.

(43) En definitiva, **no podemos ceder a la tentación de aislarnos** del mundo por entender que predomina en él una visión del ser humano incompatible con nuestra fe. Antes al contrario, en él observamos signos positivos que nos ayudan a definir prioridades en nuestro compromiso transformador de la realidad y signos negativos que evidencian que el ser humano sigue necesitando de la presencia de Dios en su vida, lo que nos debe animar a perseverar en nuestra misión evangelizadora.

III. INTERPRETAR

(44) Estamos invitados a comprender las razones profundas de lo que hemos reconocido. Para interpretar cristianamente hay que dejarse guiar por el Espíritu Santo. “Él es el "maestro interior" a través del cual hay que dejarse conducir” (DF 61).

Necesitamos algunos criterios de iluminación. Para concretar estos criterios nos servimos de la reflexión que se ha hecho en los grupos, acompañada de textos significativos de la Palabra de Dios y del Magisterio de la Iglesia. Proponemos como criterios de base una antropología laical y una eclesiología misionera. Dios ama a cada uno y dirige personalmente una llamada a cada uno. La vocación es un don que, cuando se descubre, llena la vida de alegría. ***Dios confía en nosotros, nos ama, nos llama y pide colaboración.***

“Es muy útil llamar la atención sobre el encuentro entre Jesús y el joven rico. Aquí vemos que el Maestro de Nazaret no apoya el proyecto de vida del joven ni propone su coronación; no recomienda un esfuerzo extra, ni tampoco, en el fondo, quiere colmar el vacío del joven, que le había preguntado: «¿qué me queda por hacer?» al menos, no quiere colmarlo confirmando la lógica de planificación del joven. Jesús no colma un vacío, sino que le pide al joven que se vacíe, ***que haga espacio a una nueva perspectiva orientada al don de sí*** a través de un nuevo enfoque de su vida generada por el encuentro con quien es el «Camino, la Verdad y la Vida» (cfr. Jn 14,6)” (*Instrumentum Laboris para el Sínodo de los jóvenes*, 84).

1. LA VOCACIÓN LAICAL DESDE EL DON

(45) “En el descubrimiento de la vocación, no todo está claro enseguida, porque la fe ve en la medida que camina, en que se adentra en el espacio abierto por la Palabra de Dios” (DF, 77).

1.1. Tu vida es para los demás

(46) “Yo te elegí antes de que nacieras” (Jer 1,5). Si nos dejamos inspirar por el profeta Jeremías tendríamos que reconocer que en nuestras entrañas profundas está dibujada nuestra vocación. En este sentido, se entiende bien la expresión del Papa Francisco: ***“Yo soy una misión en esta tierra, y para eso estoy en este mundo”*** (EG, 273). Acercarse y tocar estas entrañas permite descubrir y acoger la propia vocación. La Escritura lo recuerda constantemente.

(47) Siguiendo la ruta trazada por el Concilio Vaticano II, el Papa Francisco propone ***situar todas las vocaciones a la luz del bautismo y dentro del pueblo santo de Dios.*** Este pueblo santo ha sido bendecido con distintas vocaciones, todas importantes e imprescindibles; todas tienen en Jesucristo, quien entregó su vida por amor, su forma, su objeto y su modelo.

(48) Por eso, ***miramos la vocación a la luz de la fe***. Solo se entiende una vocación, también la vocación laical, a la luz de la fe, que nos lleva a vivir unidos a Jesús, estar abiertos a la conversión, tener una clara conciencia de pecado, estar disponibles para la misión. Vivida de esta manera la vocación lleva a experimentar el seguimiento de Jesús como un proyecto de felicidad y paz interior, de liberación y dignificación de nuestra propia humanidad.

(49) Por eso toda vocación tiene en el horizonte entregar la vida a los demás. Esta manera de entender ***la vida desde el don y como don*** tiene un carácter profético en un mundo que se asienta en una antropología de la indiferencia: “nos volvemos incapaces de compadecernos ante los clamores de los otros, ya no lloramos ante el drama de los demás ni nos interesa cuidarlos, como si todo fuera una responsabilidad ajena que no nos incumbe” (EG, 54).

(50) Para el Papa Francisco hay una relación directa entre ***la vocación y el amor***. «Los jóvenes sienten con fuerza el llamado al amor, y sueñan encontrar la persona adecuada con quien formar una familia y construir una vida juntos. Sin duda es una vocación que Dios mismo propone a través de los sentimientos, los deseos, los sueños» (ChV, 259). Muchos fieles laicos tienen en el matrimonio y la creación de una familia una parte sustancial de su vocación.

(51) También el Papa Francisco subraya la relación entre ***vocación y trabajo***: «El trabajo define e influye en la identidad y el autoconcepto de un adulto joven y es un lugar fundamental donde se desarrollan amistades y otras relaciones porque generalmente no se trabaja solo. Hombres y mujeres jóvenes hablan del trabajo como cumplimiento de una función y como algo que proporciona un sentido. Permite a los adultos jóvenes satisfacer sus necesidades prácticas, pero aún más importante buscar el significado y el cumplimiento de sus sueños y visiones» (ChV, 268).

1.2. Algunas dificultades para vivir la vocación laical

(52) Una de estas dificultades está relacionada con la falta de incorporación de los laicos a la dinámica eclesial que hace que sigamos siendo, en cierto modo, cristianos de segunda. Otro obstáculo hace referencia al contexto social, donde el pensamiento único dominado por el laicismo, el rechazo de la espiritualidad y de los valores y tradiciones cristianas lleva a que los creyentes seamos vistos como ciudadanos de segunda.

Ello produce en nosotros un doble efecto: en primer lugar, ***no terminamos de asumir el papel al que estamos llamados dentro de la Iglesia***, de la que somos miembros de pleno derecho y en la que tenemos un protagonismo específico y fundamental; en segundo lugar, ***rehuimos el testimonio de fe ante los demás por miedo o por vergüenza***, por no complicarnos la vida. De este modo, se resiente la plena vivencia de la vocación laical.

(53) **No nos vemos como enviados al mundo por la Iglesia.** Vivimos la vocación laical por momentos y por espacios, sin que constituya un todo que guíe nuestros pasos, ilumine nuestras decisiones y oriente nuestras acciones. Es más, la secularización afecta igualmente a los miembros de la Iglesia, diluyendo las verdades de la fe y confundiendo los espacios de misión.

(54) En ocasiones **sentimos que no estamos preparados para el diálogo con el mundo y para el testimonio de fe** ante las personas que están a nuestro lado. No sabemos dirigirnos a los no creyentes. En este sentido, la falta de acompañamiento en la vivencia de nuestra vocación laical supone una carencia relevante que imprime en nosotros una sensación de inseguridad y nos hace dudar sobre la realización efectiva de nuestra misión.

(55) Junto con ello, y aunque se trate de una cuestión puramente material, el **ritmo de vida** que nos imprime la realidad de la sociedad actual nos conduce a dos extremos contrapuestos: de un lado, a situar en un plano secundario la vida de la fe; de otro, a un activismo acelerado. Uno y otro nos impiden vivir la fe en lo ordinario como relación personal con Dios. Asimismo, **la atomización del laicado**, la obsolescencia de algunas de nuestras estructuras, el individualismo en la acción misionera, la falta de corresponsabilidad, el nulo discernimiento sobre el camino vocacional y sobre las decisiones importantes de nuestra vida son elementos negativos que hemos de superar.

(56) No obstante, no todos los obstáculos a la vivencia plena de la vocación laical que observamos proceden de agentes externos. Antes que todo ello, la principal dificultad que se aprecia radica en la **falta de conversión personal** que, unida a la ausencia de una clara conciencia de pecado, provoca en nosotros una notoria superficialidad a la hora de vivir nuestra propia vocación y llevar a cabo la misión encomendada. No experimentamos el seguimiento de Jesús como un proyecto de felicidad y paz interior, de liberación y dignificación de nuestra propia humanidad. En definitiva, **la transformación ha de empezar por nosotros mismos.**

2. POTENCIAR UNA ECLESIOLOGÍA MISIONERA

(57) La Iglesia hoy está viviendo un nuevo impulso misionero que llena de alegría al pueblo de Dios que se define como misionero y santo. Esta llamada a la misión es extensiva a todos los bautizados.

2.1. Un impulso misionero desde la sinodalidad

(58) “Tú también **necesitas concebir la totalidad de tu vida como una misión.** Inténtalo, escuchando a Dios en la oración y reconociendo los signos que él te da. Pregúntale siempre al Espíritu qué espera Jesús de ti en cada momento de tu existencia y en cada opción que debas tomar, para discernir el lugar que eso ocupa

en tu propia misión. Y permítele que forje en ti ese misterio personal que refleje a Jesucristo en el mundo de hoy” (GE, 23).

(59) El Señor envía a todos los bautizados al mundo entero porque ***el Evangelio es para todos***: «No tengan miedo de ir y llevar a Cristo a cualquier ambiente, hasta las periferias existenciales, también a quien parece más lejano, más indiferente. El Señor busca a todos, quiere que todos sientan el calor de su misericordia y de su amor. Y nos invita a ir sin miedo con el anuncio misionero, allí donde nos encontremos y con quien estemos, en el barrio, en el estudio, en el deporte, en las salidas con los amigos, en el voluntariado o en el trabajo, siempre es bueno y oportuno compartir la alegría del Evangelio» (ChV, 177).

(60) Toda comunidad misionera acoge la llamada a la misión. La sinodalidad está teniendo mucha importancia en la Iglesia de nuestro tiempo. Es claro que una Iglesia sinodal pide la participación y colaboración de todos. Nadie debe ser puesto al margen y nadie puede mantenerse al margen. Nos necesitamos todos. Todos somos importantes. Podemos hablar de una ***sinodalidad para la misión***: "La realización de una Iglesia sinodal es una condición indispensable para un nuevo impulso misionero que implique a todo el Pueblo de Dios" (DF, 118). En la sinodalidad misionera tienen gran importancia la comunión, participación, discernimiento y diálogo con el mundo.

(61) ***Situar a Cristo en el centro*** es la premisa imprescindible para que ser misioneros valientes. "Enamorados de Cristo (...) están llamados a dar testimonio del Evangelio en todas partes, con su propia vida" (ChV, 175). Un testimonio que se ofrece con gestos y con palabras: "Ustedes sean capaces de ir contracorriente y sepan compartir a Jesús, comuniquen la fe que Él les regaló" (ChV, 176). El camino sinodal de la Iglesia se plasma y se alimenta con la Eucaristía. Esta es "el centro de toda la vida cristiana para la Iglesia, tanto universal como local, y para todos los fieles" (*Ordenación General del Misal Romano*, 16). La sinodalidad tiene su fuente y su cumbre en la celebración litúrgica y de una forma singular en la participación plena, consciente y activa en el banquete eucarístico. La comunión con el Cuerpo y la Sangre de Cristo tiene como consecuencia que «aunque seamos muchos, somos un solo Pan y un solo Cuerpo, porque todos participamos de un solo Pan» (1 Cor 10,17)" (DF, 47).

(62) A nivel personal, ***la fe se ha de hacer vida***, pasando de la teoría a la experiencia, profundizando en las implicaciones que tiene para nuestra existencia y para la sociedad de la que formamos parte. "Todos estamos llamados a ser santos viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio en las ocupaciones de cada día, allí donde cada uno se encuentra" (GE, 14). El ***mensaje ha de ser coherente con nuestra vida*** y fiel reflejo del Evangelio. Vivir en serio la llamada a la santidad es la vía eficaz para llevar a cabo nuestra misión. A ello pueden ayudar la revisión de vida y el proyecto personal de vida cristiana.

(63) A nivel colectivo, **nuestras comunidades de referencia han de ser forjadoras de fraternidad**, potenciadoras de los distintos carismas que inspira el Espíritu, espacio desde donde discernir juntos, lugares abiertos al cambio. Lejos de aislarse en sí mismas, han de mostrar la belleza de la Iglesia Universal. En ellas, la participación de los laicos en la toma de decisiones debe ser real y efectiva. Desde ellas, la apertura a otras realidades eclesiales para trabajar unidos y desarrollar acciones pastorales conjuntamente y fomentar la presencia en las estructuras sociales son caminos que hemos de recorrer. Impulsar grupos de laicos, con el debido acompañamiento, sigue siendo necesario, como también lo es hacer posible la corresponsabilidad entre sacerdotes y laicos en todo ello. “La sinodalidad expresa la condición de sujeto que le corresponde a toda la Iglesia y a todos en la Iglesia. Los creyentes son compañeros de camino, llamados a ser sujetos activos en cuanto participantes del único sacerdocio de Cristo y destinatarios de los diversos carismas otorgados por el Espíritu Santo en vista del bien común” (CTI, 55). Es más, “[t]odo discernimiento comunitario, para serlo, deberá contar con la experiencia, conocimiento y opiniones de la comunidad eclesial, especialmente de los laicos, cuando el discernimiento afecta a la actuación pública de la Iglesia. Quienes han de ser corresponsables de las actuaciones de su comunidad han de serlo en los procesos de discernimiento y decisión” (*Los cristianos laicos, Iglesia en el mundo*, 60).

2.2. Retos para concretar la sinodalidad misionera

(64) Queremos ser comunidades unidas, donde encontramos cristianos con vocaciones distintas, pero una misma llamada a la misión. Queremos llevar la luz del Evangelio a todos los ámbitos de la vida social. A la hora de abordar esta tarea, somos conscientes de que hemos de **poner todo en manos de Dios**, con la confianza de un hijo que se deja acoger en los brazos de su padre. La oración, la Eucaristía, la Palabra, las celebraciones litúrgicas nos han de servir de ayuda y darnos fuerzas en ello.

(65) Vemos necesario, sin embargo, **un cambio de mentalidad**. Mirar la realidad desde los ojos de Dios nos conduce a cambiar dinámicas, actitudes y prioridades. La comunión ha de ser la nota predominante en nuestras acciones; la sinodalidad el método para plantearlas; la creatividad que provoca el auténtico discernimiento la clave en el momento de soñarlas; la esperanza, la ilusión y la alegría las notas prevalentes en todo. Desclericalizar la pastoral es urgente. No se trata únicamente de llevar a cabo acciones específicas ni de desarrollar planes pastorales. Unas y otros son necesarios. Pero presuponen una **actitud permanente de conversión pastoral y misionera**. Y exigen una pastoral de conjunto.

(66) Hemos de ser capaces de mostrarnos ante el mundo como **Iglesia samaritana**, como **Iglesia de la escucha**. Como testigos más que maestros. Y, siempre, unidos. Efectivamente, no podemos seguir encerrados en nosotros mismos ni en nuestras comunidades. Una Iglesia de la escucha exige salir donde

están los hombres y mujeres a quienes queremos escuchar. Una Iglesia samaritana requiere poner el centro en el cuidado de las personas que necesitan de nosotros y, en consecuencia, acudir a donde éstas se encuentran. **La Doctrina Social de la Iglesia debe ser nuestra fuente de inspiración** para asumir el compromiso transformador de la realidad que nos rodea. Pero, precisamente porque somos enviados como Iglesia, hemos de cuidar el acompañamiento personalizado a quienes están en la vida social y política, a quienes acuden a las periferias existenciales. Así lo señala el Santo Padre: “No es nunca el pastor el que le dice al laico lo que tiene que hacer o decir, ellos lo saben tanto o mejor que nosotros...Obviamente es imposible pensar que nosotros como pastores tendríamos que tener el monopolio de las soluciones para los múltiples desafíos que la vida contemporánea nos presenta. Al contrario, tenemos que estar al lado de nuestra gente, acompañándolos en sus búsquedas y estimulando esta imaginación capaz de responder a la problemática actual” (*Carta del Papa Francisco al Cardenal Marc Ouellet* de 19 de marzo de 2016)

(67) Somos el pueblo santo de Dios. En relación con el laicado, los desafíos que hemos observado en nuestro proceso de reflexión ponen de manifiesto que hemos de trabajar, combinando formación y acción, por vivir el ideal que presentamos a continuación:

– **Laicos adultos en la fe**, con madurez humana y cristiana, que anuncien el Evangelio desde su experiencia personal de fe, desde su experiencia de Dios; con una vida espiritual fuerte, que celebren su fe en los sacramentos, que se alimenten de los sacramentos y sean capaces de escuchar en oración a Dios que les habla y les envía. Laicos conocedores de la Palabra de Dios para anunciar el Evangelio correctamente, en una actitud de revisión de vida continua y con un proyecto personal de vida cristiana.

– **Laicos que se sientan pequeños y humildes** en el cumplimiento de su tarea y pongan todo su trabajo en las manos de Dios, sin afán de protagonismo; que tomen conciencia de que están bautizados y vivan la misión como una corresponsabilidad derivada de su Bautismo, que descubran los carismas que el Señor les ha dado y los pongan al servicio de la comunidad.

– **Laicos que sean capaces de asumir** con ilusión, alegría, cariño y ardor el **compromiso evangelizador** que emana del bautismo; que sean servidores, no servilistas. Laicos disponibles, generosos, que tengan el valor de afrontar este momento que vive nuestra Iglesia y nuestra sociedad. Laicos dispuestos a darse a sí mismos y su tiempo por la evangelización, uniendo fe y vida.

– **Laicos libres y valientes**, con capacidad de liderazgo, con brío interior, que superen el miedo que ata e impide desarrollar la misión, que no tengan vergüenza de presentarse como cristianos ni de anunciar a Jesús, que “armen lío”, que sean referentes para los demás por su coherencia de vida.

– **Laicos con mucha humanidad**, que sepan escuchar a los hombres y mujeres de este tiempo, que respeten las opiniones, que tengan mucha paciencia, que no actúen desde prejuicios, que sean tolerantes, que sean amables y acogedores y no juzguen a los demás por su apariencia ni por su nivel de fe. Laicos con empatía y comprensión, que miren y atiendan a los demás como lo haría Jesús, con mucha misericordia. Laicos muy dialogantes, que no se crean en posesión de la verdad. **Laicos que se “descalcan” para llegar al otro** que es “tierra sagrada”, que sean capaces de “caminar con los zapatos del otro”.

– **Laicos insertos en una comunidad cristiana** que les sirva siempre de referencia en su fe y en su compromiso, que no sean ni actúen como francotiradores, que se sientan enviados por la comunidad a desarrollar una tarea. Laicos que se dejen acompañar y que estén preparados para acompañar, que sepan trabajar en equipo, en comunión y participación, que descubran el valor de la familia cristiana como sacramento, implicados en la vida de la Parroquia y/o de su asociación o movimiento.

– **Laicos creativos e innovadores**, que sepan evangelizar con los medios oportunos y adaptados a las personas de hoy. Laicos que contagien alegría por sentirse salvados por Jesús, que transmitan y contagien ilusión, abiertos a lo diferente, con una mentalidad renovada.

– **Laicos en salida**, capacitados para asumir un reto tan importante como es la tarea evangelizadora. Laicos que no se queden en atender a los que ya están dentro, sino que salgan y estén atentos a los alejados.

– **Laicos metidos en la realidad, presentes en el mundo y en las periferias** de nuestra sociedad, que conozcan bien los ambientes en los que se van a implicar, que tengan claro el tipo de sociedad que tenemos y la que queremos, que sean sensibles ante la realidad de la gente, sobre todo de los pobres y de todos los que sufren. Laicos transformadores de la realidad, que evangelicen con el testimonio y coherencia de sus vidas, comprometidos en la política y en los medios de comunicación, conscientes de que vivimos en una sociedad mestiza a la que tenemos que dar respuesta.

– **Laicos con capacidad para hacer una lectura creyente** de la realidad en la que viven y para descubrir la presencia y la acción de Dios en el mundo actual.

– **Laicos que hagan propia la doble dimensión de la tarea profética:** denunciar aquello que no se corresponda ni ayude al plan de Dios sobre la humanidad y anunciar la salvación que ofrece Jesucristo.

– **Laicos abiertos a una formación continua**, necesaria para dar respuesta al mundo de hoy, en constante crecimiento humano y cristiano, formados en torno a las obras de misericordia y las bienaventuranzas: una formación que lleve a la acción transformadora, desde el Evangelio y la Doctrina Social de la Iglesia.

– **Laicos que no sean “generalistas”**, que se meten en todo y saben de todo, que asuman tareas muy concretas, que no se impliquen en muchas cosas que después no puedan realizar.

– **Laicos que sean integradores**, instrumentos de reconciliación en la sociedad y en la comunidad cristiana, que promuevan el asociacionismo en su ambiente.

– **Laicos que actúen, participen y colaboren** en la vida de la Parroquia por una opción personal y como servicio a Dios y a la Iglesia, con independencia de quién sea el sacerdote; que su compromiso sea consecuencia de su encuentro personal con Jesucristo.

IV. ELEGIR

(68) En este Instrumento de Trabajo hemos querido reconocer la realidad del laicado en nuestra Iglesia; hemos intentado iluminar esta realidad con la antropología laical y la eclesiología misionera; y ahora proponemos elegir algunos caminos de resurrección que conduzcan al anuncio y a la misión. Siendo realistas nos preguntamos qué caminos recorrer en los próximos años para dejar ver un laicado en acción.

Lo hacemos conscientes de una verdad: El Señor nos impulsa, levanta y llena de esperanza. “Si has perdido el vigor interior, los sueños, el entusiasmo, la esperanza y la generosidad, ante ti se presenta Jesús como se presentó ante el hijo muerto de la viuda, y con toda su potencia de Resucitado el Señor te exhorta: «Joven, a ti te digo, ¡levántate!» (Lc 7,14)” (ChV, 20).

De nuevo, estas tres preguntas nos ayudan a organizar la reflexión: ¿Qué actitudes convertir? ¿Qué procesos activar? ¿Qué proyectos proponer? Serán respondidas durante el Congreso por todos nosotros, en el contexto de los cuatro itinerarios que viviremos –Primer Anuncio, Acompañamiento, Procesos Formativos y Presencia en la Vida Pública–. Como punto de inicio reconocemos la necesaria conversión pastoral y misionera y proponemos algunos procesos a cuidar y proyectos a concretar.

1. ENCONTRAR CAUCES DE CRECIMIENTO PERSONAL Y COMUNITARIO

(69) Es necesario proponer cauces para el crecimiento personal y comunitario. A tal fin es fundamental constatar la importancia de la conversión. Toda conversión misionera nace de una **conversión personal**. Potenciar la vida interior continúa siendo premisa imprescindible. Los ejercicios espirituales, los retiros, los momentos de oración personal y comunitaria ante el Señor no pueden faltar en nuestra vida de fe. Junto con ello, instrumentos continuados tales como la revisión de vida o el plan personal de vida cristiana constituyen una ayuda eficaz. Integrar

en ellos la práctica de los sacramentos, el ejercicio de la caridad y, en definitiva, los distintos aspectos de nuestra vida, es necesario. Hemos de ser capaces de vivir una espiritualidad laical integral que abarque todos los ámbitos de nuestra existencia.

(70) Estamos llamados a ser **contemplativos en la acción**. Del mismo modo en que todo compromiso ha de partir de la oración, hemos de hacer de nuestra acción una ofrenda a Dios y descubrir a Dios en todas las cosas. Nuestras reuniones y encuentros formativos, nuestras celebraciones, nuestras oraciones, nuestros actos litúrgicos y, particularmente, la Eucaristía han de convertirse en oportunidades para tomar conciencia de los problemas de este mundo, para confrontar nuestra propia vida con los planteamientos de Dios, para asumir compromisos transformadores para la anticipación de su Reino.

(71) La conversión personal necesita hacerse visible en una **conversión comunitaria**. En este Instrumento de Trabajo hemos visto cómo la vida comunitaria está perdiendo vigor. Necesitamos fortalecerla. Para ello es fundamental creer en la fraternidad, vivir como hermanos, ayudarse mutuamente, servir a los demás, estar cerca de los pobres, dar más valor a las personas que a las estructuras. “Si el amor fraterno es el «mandamiento nuevo» (Jn 13,34), si es «la plenitud de la Ley» (Rm 13,10), si es lo que mejor manifiesta nuestro amor a Dios, entonces debe ocupar un lugar relevante en todo plan de formación y crecimiento de los jóvenes” (ChV, 215).

(72) Efectivamente, en las respuestas al cuestionario se repite con fuerza una misma palabra: comunidad. **Fortalecer el sentido de comunidad, de pertenencia, de identidad eclesial ayuda igualmente al crecimiento**. El seguimiento de Jesús sólo es realizable plenamente desde la comunidad. Pero solo hay auténtica comunidad si cuidamos las relaciones. En todo ello resulta fundamental la labor de los acompañantes. Necesitamos personas que acojan, que escuchen, que animen, que orienten, que se hagan presentes en las necesidades de los miembros de la comunidad y les acompañen en la vivencia de la fe.

(73) Pero no podemos olvidar que una Iglesia en Salida pide también una **conversión pastoral y misionera**. En este sentido, la sinodalidad misionera orienta nuestra manera de proceder. La sinodalidad misionera es la auténtica conversión espiritual, pastoral y misionera que está pidiendo nuestra Iglesia hoy. Algunos afirman que el Papa Francisco lo que realmente está proponiendo es una **santidad misionera**. La santidad y la misión son los dos raíles por donde transita la vida cristiana. En la llamada a la santidad misionera que propone el Santo Padre la sinodalidad misionera ocupa un lugar muy destacado.

En definitiva, queremos dar importancia a la comunión desde la misión; prestar atención a las relaciones y promover la pastoral relacional; proponer una pastoral en clave vocacional.

2. CUIDAR DE MANERA ESPECIAL ALGUNOS PROCESOS

(74) Una característica importante en este modo de ser y trabajar sinodal se traduce en dar importancia a los procesos. “Darle prioridad al tiempo es ocuparse de iniciar procesos más que ocupar espacios” (EG, 223). ¿Qué procesos cuidar de manera particular? Hay que tener en cuenta que estos procesos deben concretarse en proyectos. Trabajar en proyectos evita una pastoral de mantenimiento. “Si esta es la prioridad, es necesario desarrollar una mayor coordinación e integración entre las diferentes áreas, pasando de un trabajo por sectores a un trabajo por proyectos” (DF, 141).

2.1. Impulsar la corresponsabilidad en el seno de la Iglesia

(75) Los fieles laicos estamos llamados a vivir la corresponsabilidad real. ***Hemos de ser actores de la vida eclesial y no simplemente destinatarios.***

(76) Se detecta una doble necesidad: de un lado, despertar en nosotros la conciencia de corresponsabilidad, cultivar la actitud de servicio y de entrega, nuestra disponibilidad y apertura a dedicar tiempo y esfuerzos a servir a la Iglesia mediante la presencia activa en los diferentes órganos y organismos que existen en nuestras comunidades para el asesoramiento y la toma de decisiones; de otro, informar acerca de la forma que tiene la Iglesia de organizarse y también sobre todos ellos: su existencia, su composición y funciones, sus resultados. En definitiva, concienciarnos todos –no solo los laicos, también los sacerdotes– del ***significado y alcance de la corresponsabilidad expresada a través de la participación en estas estructuras.***

(77) Aunque siempre es posible fomentar espacios adicionales de participación de los seglares en la vida de la Iglesia, observamos que resulta pertinente, antes que reivindicar la creación de nuevos órganos, ***mejorar los ya existentes.*** Se ve preciso potenciar la eficacia de estos órganos y cualificar la pertenencia a los mismos; en definitiva, revisar cómo están funcionando y qué aspectos han de ser modificados.

(78) Además, sería muy necesaria una reflexión pausada y profunda sobre la ***participación de los laicos en los puestos directivos de las instituciones de la Iglesia que le son propios.*** El clericalismo también tiene sus manifestaciones a este respecto, que deben ser paulatinamente corregidas.

(79) Finalmente, podemos soñar y discernir ***nuevas formas de participación:*** los ministerios laicales, estructuras eclesiales dirigidas a la presencia social, órganos de fomento de la presencia transformadora de la realidad en la vida pública acompañados desde el seno de la comunidad. En cualquier caso, hay coincidencia en una exigencia adicional que debe darse siempre: los espacios de participación

han de ser lugar de encuentro y comunión, de desarrollo de relaciones auténticas. En ellos también nos jugamos el sentirnos Iglesia.

2.2. Asumir un mayor compromiso en el mundo

(80) Vivir plenamente nuestra vocación laical exige ***estar en el mundo siendo sal y luz***. Nuestra misión ha de ser contemplada como anticipación del Reino de Dios. Nuestra presencia en la vida pública ha de partir de una constante: el diálogo y la voluntad de encontrarnos con el otro, tal como nos enseñó nuestro Maestro.

(81) Como en todo, ***potenciar nuestro compromiso*** exige reflexionar sobre las realidades en las que estamos presentes y acerca de cómo es esa presencia, tanto a nivel personal como comunitario. El mundo de la política, el mundo del trabajo, el mundo de la economía necesita de nuestra presencia transformadora inspirada por la Doctrina Social de la Iglesia; no podemos renunciar a denunciar injusticias, situarnos al lado de los más débiles, promover la dignidad de la persona, colaborar en la realización del bien común. Pero también el mundo “ordinario” que nos rodea cada día –comunidades de vecinos, AMPAS, asociaciones civiles– debe ser iluminado por la fe. Desde el respeto a la autonomía de lo temporal, hemos de seguir presentando, en positivo, los valores que se derivan del Evangelio: el valor de la vida, de la dignidad de la persona, de la justicia social, de la libertad del ser humano, pero también el valor del cuidado del planeta, de la libertad de enseñanza, del consumo responsable, del comercio justo, por señalar algunos de los ejemplos más destacados, constituyen guía en la toma de decisiones personales y sociales.

(82) La Iglesia es un bien para la familia y la familia es un bien para la Iglesia. “La Iglesia es familia de familias, constantemente enriquecida por la vida de todas las iglesias domésticas” (*Amoris Laetitia* –AL–, 87). En este sentido, el compromiso laical tiene en la familia un lugar privilegiado de presencia en el mundo. La familia, como Iglesia doméstica, es uno de los rostros eclesiales más fecundos en nuestro tiempo. Es compromiso de todos la preocupación por la familia. La Iglesia samaritana busca acompañar a las familias, también a las familias que viven en dificultades, o que han fracasado. ***El evangelio de la familia, a la luz del magisterio de la Iglesia recogido en la exhortación postsinodal Amoris Laetitia, es un importante compromiso eclesial.***

(83) ***La familia es vista en los procesos de educación en la fe como elemento nuclear.*** No sólo hemos de cuidar el noviazgo, el matrimonio, la educación de nuestros hijos; ante todo, hemos de ver en la familia un agente evangelizador desde el cual impulsar procesos de cambio. Los jóvenes son considerados, por su estilo, visión y capacidad de acción, como elementos generadores de cambio. Los santos siguen constituyendo modelos válidos de referencia. Necesitamos líderes comprometidos que abran nuevos caminos.

(84) Desde una perspectiva más concreta, hemos de ser capaces de convocar no a sacramentos, sino a procesos. ***Procesos en los que esté presente la Oración, la Palabra, los Sacramentos y la formación integral y permanente.*** Pero en los que igualmente se tenga muy en cuenta la concreta realidad que viven las personas y, particularmente, los no creyentes: sus necesidades, su visión, sus anhelos. Procesos que nos ayuden a descubrir que el Bautismo nos hace miembros de la Iglesia y pone ante nosotros la llamada a la misión; procesos que nos ayuden a descubrir la corresponsabilidad en la vida de la Iglesia; procesos que nos conduzcan a la acción evangelizadora en los diferentes ámbitos de la vida y de la sociedad. Todo ello, sin complejos.

(85) Otro cauce de compromiso con el mundo de gran actualidad lo encontramos en ***el cuidado de la casa común***, desde la perspectiva de la ecología integral, sabiendo que la ecología es un reto cultural, pedagógico y espiritual donde los fieles cristianos laicos tienen mucho que ofrecer.

2.3. Ofrecer una renovada formación

(86) En las respuestas al cuestionario se habla de ***ofrecer una renovada formación***. Hay que reconocer que el tema de la formación posee mucha importancia en todos los órdenes de la vida social. La formación tiene como objetivo la integración de perspectivas, permite captar el entretejido de los problemas y sabe unificar las diferentes dimensiones de la persona. En la Iglesia también ha entrado de lleno el discurso de la formación. En concreto, se habla de la formación vocacional, motivacional y misionera. Por eso no es extraño que hablemos de una formación del corazón a lo largo de la vida.

(87) Los procesos de formación han de integrar ***formación y acción***; dicho sencillamente: el compromiso transformador de la realidad ha de estar incorporado a ellos. La potenciación del apostolado asociado es vía eficaz para impulsarlos. Finalmente, el mensaje ha de ser coherente con nuestra vida y fiel reflejo del Evangelio. Vivir en serio la llamada a la santidad es camino seguro para llevar a cabo nuestra misión.

(88) La Iglesia sinodal propone formarse juntos, formarse desde la propia vocación, formarse para la misión. Una concreción de este espíritu la encontramos en la necesidad de implementar programas de formación conjunta entre laicos y consagrados, con el fin de potenciar una Iglesia misionera en Salida.

V. CONCLUSIÓN

(89) Este Instrumento de Trabajo sintetiza el proceso de diálogo y escucha que durante seis meses se ha realizado en muchas Diócesis, Congregaciones, Movimiento y Asociaciones, para preparar el Congreso Nacional de Laicos. Al mismo tiempo, propone algunos procesos y proyectos para hacer ver un **Laicado en Acción**. Quienes participemos en el Congreso, en tanto que enviados por nuestras comunidades de referencia, propondremos nuevos argumentos con la ayuda de las ponencias y de las experiencias y testimonios que viviremos durante esos días. Asumir en nuestras comunidades con entusiasmo los resultados y conclusiones del Congreso Nacional de Laicos es también un compromiso necesario.

Queremos ser el Pueblo de Dios, misionero y santo, en nuestro contexto. Nos ponemos en las manos del Espíritu que nos precede y guía en este camino sinodal, como Pueblo de Dios *en salida*.